



12/25/98
ccc181379

ARTÍCULO E3

Fernando de la Lastra

HACE menos de una semana los amigos y colegas de Fernando nos alegráramos con él por el merecido premio que le otorgara la Academia Chilena de la Lengua. Vino éste, de modo muy oportuno, a ser un último, oficial y autorizado reconocimiento al multitalentoso don que Fernando de la Lastra significara para nuestra cultura, a través del buen uso de la palabra escrita.

La presencia pública de Fernando en el mundo de nuestras letras, y específicamente en el del periodismo cultural, llegó a ser reconocida y querida por un vasto público. Este seguía con interés y con verdadera devoción sus incursiones por los más variados mundos de la geografía humana, donde daba muestras de una enorme variedad y de un talento incomparable para demostrar el significado de los detalles, que son justamente los que hacen la riqueza de una genuina cultura.

Más que referirme aquí a esos rasgos tan apreciados y de tantos conocidos, prefiero decir sólo, dos palabras, sobre el amigo entrañable a quien tal vez no todos tuvieron el privilegio de conocer de cerca.

Perfundo Fernando, con experiencia, a esa especie de hombre hoy cada vez más difícil de encontrar —señor del espíritu que no se arredra ante ningún desafío de la contingente material, encarnando vira de una cultura—, que es el caballero. Fernando de la Lastra fue, en efecto, ante todo, un caballero a carta cabal. Concretaba esto una segunda naturaleza en él. Su honda fe cristiana —presente en él ya desde los recuerdos que hasta de su niñez— fue vivida al modo de un caballero. La caridad con el prójimo y la justicia en sus decisiones, animadas con esa firme y silenciosa dedicación de espíritu que caracteriza al caballero. Hombre de palabra —al "sí", "no" y al "tal", "no", como recomienda el Evangelio—, le era insuperable incurrir en cualquier forma de doblez. Capaz como pocos de entender el valor de lo que significa heredar un buen nombre, vivió el sano orgullo de una ascendencia ilustre, que sabía a la vez llevar con la humildad naturalidad con que la lleva un genuino caballero.

No me escape en este contexto el hecho, sin duda significativo, de que Fernando de la Lastra haya fallecido en el día de la Puente de la rana. Fue él, por lo dicho antes, y por lo mucho que se podría agregar, un hito representativo de lo más característico que produjo esa fusión soñada en nuestro continente por los hispanos peninsulares y el nativo americano. Estoy seguro de que en su fuero propio lo concebía así, aunque jamás pasase por su mente que alguien pudiese un día decirlo de él públicamente.

En mi convicción, por fin, de que este íntimo modo de ser, enfrentado al trabajo de las costumbres contemporáneas, habrá significado para Fernando una forma de



"Fernando de la Lastra fue, en efecto, ante todo, un caballero a carta cabal".

crecer espiritualmente, pero sin duda un motivo también de sufrimiento. Soy feliz de que fue heroicamente un caballero, asumiendo este noble carácter hasta las últimas consecuencias del orden práctico, en un mundo que desgraciadamente no entiende ya que lo práctico deba ser afín con lo caballeresco.

Sus amigos sentirán de certain su ausencia. Los lectores extrañarán la riqueza de sus comentarios. Los chicos en general deberían lamentar que nuestros jóvenes tengan tan escasas posibilidades hoy de conocer esa manera de ser que representó Fernando de la Lastra.

Amortigua con todo esta pena la confianza en que nuestro amigo, tan caballero y tan señor, encuentra hoy su pleno consuelo y alegría ante la faz infinitamente buena e infinitamente justa del Señor de los señores.

Jaime Antúnez Aldunate

Palabras pronunciadas con ocasión del entierro de Fernando de la Lastra.

● Hace una semana, en una cálida y tranquila mañana de domingo, que despedimos a Fernando de la Lastra en los jardines de la parroquia de Nuestra Señora de los Angeles. Los hermosos y viejos árboles de aquel patio ofrecían un acogedor entorno para elevar una oración por su descanso eterno. Todo allí resultó armónico y sencillo. Tal como era él. En sus múltiples escritos, siempre con sabiduría, este querido colaborador de Artes y Letras dejó plasmada parte de su pensamiento. Publicamos algunas de sus apreciaciones.

Sobre Vicente Huidobro

La obra de Huidobro es más trascendente que la de Neruda y mucho más audaz, desde luego, que la de nuestra Gabriela. Neruda es terrenal y netamente telérico; Gabriela, pasional y muy americana. En tanto Huidobro —con todos sus defectos— es más universal y más hondo y, lo que es más importante, fue un innovador.

Sobre la mentira

Abomino la mentira, que es el poder más fuerte del Demonio —el "padre de la mentira", como lo llama la escritura—, porque en la que engendra la hipocresía, la deslealtad, la injusticia y la desconfianza. Y la hipocresía, que no es más que otra forma disfrazada de mentira, de pretender ser lo que no se es: algo tan recurrente en nuestra patria.

Sobre el Libro

Cualquier libro, por modesto que sea, tiene su encanto y su irradiación. Dentro de él se encontrará la letra impresa, tanto más hermosa cuanto más antigua sea. Allí se mostrará el pensamiento, la frase, el verbo; en los más, la sabiduría, la inteligencia, la entereza, en algunos, sin embargo, el veneno o la falacia.

La Misa del Pobre

No puedo dejar de pensar en las misas de los pobres (...). Generalmente es una mesa sencilla, de madera harasta, desastillada, con sillas de la Vega, cuando no cajas de maqueos, en el mejor de los casos. Un plato de plástico o de lata sirve para la familia para su frugal alimentación. En la sala temida humeante al plato, de allí saldrán los "pobres con rienda", el caldo de huesos con algún diente de ajo, y una papa frita (...). Y nada más (...). Pero lo poco que tienen, suelen compartirlo con aquel que tiene menos o, simplemente, nada.

Sobre su sensibilidad

Todo, cada estímulo, o me hace extremadamente feliz o simplemente me tortura.

Autodefinición

Como soy un hombre retrógrado, neurótico e inadaptable. Sucede que me encanta regar personalmente el jardín. No hay nada que relaje más la mente que el mangroveo, planta por planta. Y todavía más, me gusta mucho abrir la puerta de la calle y conversar con el bebero, el cartero, el diarero, el jardinero, el limonero, el basurero y hasta con algunos canchales, que son como pulgas en el ojo. Me gustan.

Fernando de la Lastra [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Fernando de la Lastra [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile